

*Parecía un ratoncito
como todos.*

Pero Ramoní era distinto.

Él quería ser Pérez, aunque sus papás pensarán
que era una tarea imposible.

Ya en la Gran Escuela de Ratones Pérez,

Ramoní se sienta con Buu, un compañero muy difícil.

¿Podrá ser Ramoní elegido el Ratón Pérez del año?

ISBN 978-987-4007-70-4



QUIERO SER PÉREZ

Ilustraciones / Iñaki Echeverría

QUIERO SER PÉREZ

Margarita Mainé





Margarita Mainé

QUIERO SER PÉREZ



Muestra MÍN 2020
ABRIL
DE LETRAS

EDITORIAL HOLA CHICOS

Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.

Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998

e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar

www.holachicos.com.ar

QUIERO SER PÉREZ

Autor: Margarita Mainé

Ilustraciones: Iñaki Echeverría

Diseño de tapa: Verónica Codina

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

Corrección: Marisol Rey

ISBN: 978-987-4007-70-4

Producción gráfica realizada por Printing Books.

Noviembre 2019

Mainé, Margarita

Quiero ser Perez / Margarita Mainé ; ilustrado por Iñaki Echeverría. - 2a ed mejorada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2019. 96 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4007-70-4

1. Cuentos Infantiles. 2. Cuentos Populares. 3. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Echeverría, Iñaki, illus. II. Título. CDD A863.9282

© 2019 Hola Chicos SRL

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Muestra MEN 2020

Índice

Capítulo 1	5
Capítulo 2	9
Capítulo 3	13
Capítulo 4	17
Capítulo 5	23
Capítulo 6	28
Capítulo 7	32
Capítulo 8	36
Capítulo 9	42
Capítulo 10	46
Capítulo 11	52
Capítulo 12	58
Capítulo 13	64
Nota de la autora para los pequeños lectores	68
Capítulo final 1	69
Capítulo final 2	71
Capítulo final 3	74

Capítulo 1

Parecía un ratoncito como todos. Le gustaba jugar a la escondida y comer una tajada de queso y dulce después de la cena.

Pero Ramoní era distinto. Cuando a sus amigos les preguntaban:

—¿Qué vas a ser cuando seas grande?

Respondían:

—¡Yo, doctor!

—¡Yo, cocinero!

—¡Yo, malabarista!

Ramoní, en cambio, anunciaba:

—¡Yo quiero ser Pérez!

—¿Pérez? —preguntaba su papá alarmado— ¡Es una locura!

—Nunca salió un Pérez de nuestra familia —decía la mamá agarrándose la cabeza.



Muestra MEN 2020

En el mundo de los ratones, ser Pérez era la tarea más difícil que un ratoncito podía emprender. Para llegar a ser uno de los elegidos que cambian a los niños, dientes por monedas, había que estudiar mucho y cumplir con pruebas durísimas. De los ratones que se proponían ser Pérez cada año, sólo uno lo lograba.

—¡Ay, Ramoní! Es un trabajo muy peligroso —decía la abuela preocupada— ¿No te gustaría ser carpintero como tu papá? ¿Y hacer artesanías como tu mamá?

—No abuela, yo quiero ser Pérez —repetía muy convencido.

Ramoní fue creciendo, y sus padres esperaban que cambiara de opinión.

El día de su quinto cumpleaños, después de soplar las velitas, se sentaron los tres para hablar seriamente sobre su futuro:

—Hijo querido —dijo el padre—. Ya es tiempo de ir a la escuela. Tenemos que decidir en cuál te anotaremos.

—¿No quieres ser maestro como el tío Mario? —preguntó la mamá— Puede ser muy interesante.

—¿Y trabajar en el campo con el abuelo Manuel? —dijo el papá agregando ideas.

Ramoní escuchó con respeto a sus padres que no paraban de hablar:

—¿Médico? Porque curar es fantástico.

—¿Cocinero? Se come muy bien.

—¿Cafetero? El olor del café es un perfume maravilloso.

—¿Chofer de camión? Conocerías muchos lugares.

—¿Bombero? Son los más valientes.

—¿Panadero? Podés hacer el pan de queso que tanto te gusta.

Cuando terminaron su larguísima lista, Ramoní se paró sobre la silla y dijo:

—Yo sólo quiero ser... ¡Pérez!

* * *

Capítulo 2

Así fue que una mañana de marzo, Ramoní se puso un traje bordadito y fue con sus padres a anotarse en la Gran Escuela de Ratones Pérez.

El Director, que era el Pérez más viejo y sabio, los recibió en una oficina llena de papeles. En la pared colgaban cuadros con las fotos de los que se habían recibido allí.

—¿Nombre? —preguntó muy serio.

—Ramoní —respondió el ratoncito nervioso.

—¿Edad?

—Cinco años.

—¿Dirección?

—Alcan Tarilla 22.

El viejo Pérez dejó la lapicera y se acercó a Ramoní. Lo miró de arriba abajo diciendo:

—Mmmm, mmmmm.

Observó dentro de las orejas y le miró atentamente las uñas de todas las patas. Le hizo abrir la boca para revisarle los dientes y lo miró fijamente a los ojos haciendo con la cabeza un gesto que a Ramoní lo hacía temblar.

—¿Tenés miedo? —preguntó.

—Nnn no —dijo el ratoncito muy serio.

—Los Pérez no podemos tener miedo. Muchas cosas suceden que podrían asustarnos: un niño que se despierta en medio de la noche, un gato agazapado esperándonos debajo de una ventana, una madre que nos persigue con una escoba. Hay que ser muy valiente para ser Pérez.

—Mi hijo es muy valiente —dijo la mamá, pero el viejo ratón le hizo un gesto de silencio con el dedo sobre la boca.

—Soy valiente —dijo Ramoní pensando que quizás fuera divertido ser campesino como el abuelo.

—Mmmmm —repitió el viejo— muy bien, muy bien —dijo.

Después sacó una libreta roja de un cajón y anotó algo que le llevó largo rato.



Ramoní y sus padres esperaron en silencio. El director dejó de escribir, cerró la libreta y dijo:

—Ramoní está formalmente aceptado en la Gran Escuela de Ratones Pérez.

* * *

Capítulo 3

El primer día de clases, Ramoní estaba contento, pero también nervioso. Se mordisqueaba las uñas mirando a su alrededor. No conocía a ninguno de los alumnos que estaban en la sala, y la panza le hacía ruidos.

En el mismo banco, se había sentado un ratoncito vestido con saco de terciopelo y un coqueto moño rojo.

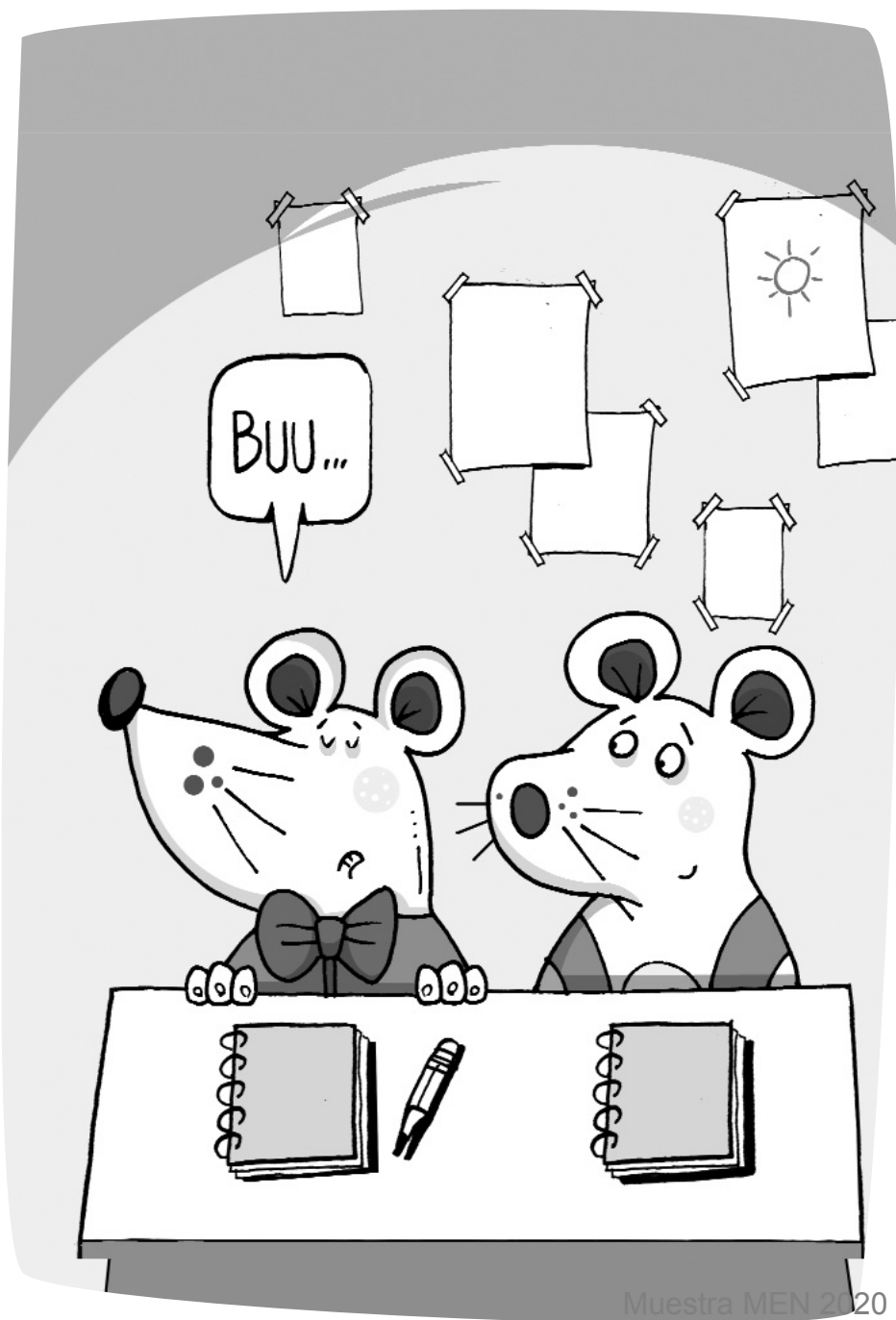
—¿Cómo te llamás? —se animó a preguntarle Ramoní, acomodando su gastada chaqueta.

—Buu —dijo, y Ramoní no entendió si era el nombre o si su compañero lo estaba burlando. En ese momento entró el maestro. Un ratón muy alto y flaco que tosió y dijo:

—Bienvenidos valientes ratones a la Gran Escuela.
¿Alguna pregunta?

Buu levantó la mano.

—¿No es cierto que los Pérez no pueden mordisquearse las uñas? —dijo mirando a Ramoní.



—¡Claro que no! Un Pérez jamás hace ese tipo de cosas. No se mordisquea las uñas, no se mete los dedos en la nariz, no se rasca la cola y se saca las lagañas antes de salir de la cama.

Ramoní se quedó quieto en su asiento, y sus cachetes se pusieron rojos como si alguien los hubiera pellizcado.

—Empecemos la clase —dijo el maestro.

Así descubrió Ramoní que su compañero de banco tenía la costumbre de decir al maestro lo que otros hacían mal.

—Maestro, hay un alumno que se sienta con la cola doblada.

—Creo que alguien no se ha lavado bien las orejas.

—Hay olor a queso en el aula, señor. —Y el maestro se enojaba diciendo que sólo podían comer en los recreos.

Es que Buu quería ser “perfecto”. No jugaba en los recreos para no despeinarse y jamás compartía el pedazo de queso que traía envuelto en una servilleta. Después de comer, se limpiaba exageradamente la boca.

En las clases de lavado de dientes, era el que más blancos los dejaba y si había que ayudar a un profesor o contestar sus preguntas, Buu siempre era el primero.

Por eso, la mañana que el maestro de prácticas dijo que iba a elegir a dos alumnos para que lo acompañasen esa noche a retirar un diente, los ratones levantaban la mano y decían ¡yo! “¡yo, maestro, yo!”, pero todos en la clase sabían que Buu sería el elegido.

El maestro miró atentamente y señaló:

—Usted —señalando al “perfecto”—.... Y usted...

Ramoní no podía creerlo. ¡Lo estaba señalando a él! La primera clase práctica que daban y era uno de los elegidos.

—Los espero esta noche. Puntualmente a las diez —dijo el maestro, y a Ramoní le tembló un poco la cola.

* * *

Capítulo 4

Cuando Ramoní contó en su casa que había sido el elegido para la primera clase práctica, la mamá se preocupó muchísimo:

—Cuidate mucho, mi amor, el hijo de la vecina volvió sin cola de su clase práctica y lo echaron inmediatamente de la escuela Pérez.

—Vas a tener suerte —le dijo el papá guiñándole un ojo.

Después de cenar, la familia lo despidió como si fuera a pelear en la guerra.

—Yo no sé si mi chiquito estará preparado para semejante tarea —repetía la madre mientras su marido la consolaba.

Ramoní llegó a la escuela, y Buu, que ya estaba sentado junto al maestro, lo miró como si hubiera llegado tarde. En ese mismo momento sonaron las diez en el gran reloj.

—Sólo harán lo que les digo. Nadie tocará nada, ni cambiará nada de lugar. Tenemos que pasar por esa casa sin que lo noten ¿entendido?

—Sí —dijo Ramoní.

—Sí, querido maestro —dijo Buu acomodándose el moño.

—¿Quién llevará las monedas?

—Ramoní —contestó Buu sin dejarlo opinar.

El maestro le dio al ratoncito una bolsa que pesaba mucho, y salieron los tres caminando junto al cordón de la vereda. El maestro iba adelante, después Buu que le seguía prolijamente el paso y, un poco más atrás, Ramoní cargando la bolsa. Cuando llegaron a la casa del niño al que se le había caído un diente, pasaron uno por uno por debajo de la puerta.

Lo habían practicado muchas veces en la escuela. Por eso los ratones que aspiraban a ser Pérez no podían ser gorditos ya que la panza no les permitiría entrar por ahí.

Pasó el maestro, pasó Buu, pasó Ramoní, pero la bolsa con las monedas quedó trabada.

—¡Qué tonto! —dijo Buu— ¿No leíste en las lecciones que las monedas pasan de un sólo modo por debajo de la puerta?

El maestro miró al “perfecto” con aprobación.

—Vuelva a salir y acomode las monedas como corresponde —dijo, y Ramoní le hizo caso.

Ya los tres dentro de la casa, caminaron muy silenciosos, paso por paso...

—¿Qué es ese ruido? —preguntó susurrando el maestro— parece un motor.

Los tres se detuvieron a escuchar, y Ramoní se dio cuenta de que era el ruido de su corazón, pero no dijo nada.

¿Habría gato en esa casa? ¿Estarían realmente dormidos o saldrían los padres del niño a espantarlos? No podía dejar de pensar en los peligros que los acechaban.

El maestro siguió guiándolos por un pasillo hasta encontrar el cuarto del niño. Les dijo que se quedaran muy quietos junto a la cama y observaran sus movimientos mientras subía hasta la almohada para sacar el diente y poner las monedas.